

“EN 2001, NOS SALVÓ LA EXPORTACIÓN. EN 2008, EL MERCADO INTERNO”

Juan Carlos Siota y José Antonio Iranzo

Los orígenes

Juan Carlos Siota: Nací en la ciudad de Mendoza un 27 de junio de 1951, hijo de Manuel y Florinda, ambos españoles de la región de Galicia. Fuimos tres hermanos, yo el del medio.

La nuestra fue una familia de agricultores. Mi padre trabajaba como empleado en una empresa importante de la zona, hasta que se pudo independizar.

A mi, desde chico, empezó a interesarme la mecánica. Cursé el secundario en la Escuela Técnica Emilio Civit, de Maipú. Para llegar, debía tomar una combinación de tren, ómnibus y bicicleta.

Fueron seis años de gran sacrificio, pero finalmente logré recibirme y obtuve el título de técnico mecánico.

Aún iba a la secundaria cuando, en 1970, conseguí mi primer trabajo como tornero en Industrias Metalúrgicas Frannino, un fabricante de maquinarias





para bodegas del departamento de Guaymallén. Estuve en esa empresa casi veintinueve años y desempeñé diversas funciones.

En Frannino pasamos épocas mejores y peores, pero fue una historia de crecimiento. Cuando entré, éramos siete empleados. Hacia 1989, habíamos llegado a los ciento sesenta, entre operarios y administrativos.

En un momento en que la empresa estaba en decadencia, fue cuando apareció mi socio actual José Antonio.

José Antonio Iranzo: Nací en Pocito, provincia de San Juan, el 27 de mayo de 1958, hijo de Antonio y Dolores, yo también fui el del medio de tres hermanos. Mi hermana mayor se llama Prudencia. La menor es María.

Crecí en una familia de inmigrantes españoles chacareros, en una zona rural de la provincia de San Juan. De mi padre aprendí lo dura que es la vida en el campo. Tal vez eso me motivó a orientarme hacia la industria.

Empecé la secundaria en la Escuela Técnica Ingeniero Agüero, de San Juan. No era bueno para el estudio. Al año siguiente me cambié al Colegio Nacional de Pocito.

Cuando tenía apenas catorce años, mi padre falleció. Mi madre quedó viuda, con tres hijos en el medio del campo. Nos mudamos a Villa Aberastain perteneciente a Pocito. Con mi madre, pusimos un almacén de ramos generales. Ese comercio nos sirvió para vivir dignamente y poder educarnos.

Tras hacer el servicio militar, empecé la carrera de ingeniería en la Universidad Nacional de Cuyo. Cuando termine primer año, volvieron a llamarme para el ejército, por las tensiones que existían con Chile. Me tocó hacer la guardia en el Paso de Aguas Negras. Aquel episodio me cortó el año de universidad. Cuando volví, ya no tenía ganas de seguir. Hice un curso de contabilidad y luego entré a trabajar en un banco cooperativo de Pocitos. Corría 1981.

Tras desempeñarme algunos años en el banco, me trasladaron a la sucursal de Mendoza. En el '93, me desvinculé de la entidad bancaria y me incorporé en el área administrativa de la metalúrgica Frannino. Allí fue que conocí a Juan Carlos.

En 1998, cuando la empresa entró en convocatoria de acreedores, el dueño eligió a algunos de los empleados para armar una nueva empresa. Juan Carlos y yo fuimos los elegidos. Esos fueron los comienzos de Tecnovin.

Una nueva historia industrial

Juan Carlos: Tecnovin empezó con tres socios: el jefe de taller, Pedro García; José Antonio y yo, que estaba a cargo de la oficina técnica y de los nuevos proyectos. José Antonio se ocupaba del área financiera.

José Antonio: El 1º de abril de 1998, vinimos al predio donde estamos actualmente. Nuestra idea era seguir en el rubro de equipos para bodegas,



aunque enfocados en un segmento de exportación. Nos especializamos en una máquina particular, una prensa para el germen de maíz. Empezamos sin nada.

Juan Carlos: Arrancamos con los tres socios y unos ocho empleados. Comenzamos en un galpón pelado; sin dinero, pero con muchas ilusiones. Nos ayudó un cliente que nos hizo una compra muy grande. Fueron ciento cincuenta mil dólares que nos dieron un gran empujón para empezar. Con el anticipo, compramos todas las máquinas. Las compramos en remates, porque no nos alcanzaba para nuevas.

José Antonio: Con eso, y la experiencia que aportó cada uno de los socios, la empresa se fue armando. Aunque el país estaba en dificultades, había oportunidades en la industria vitivinícola.

Juan Carlos: Seguimos trabajando en vinculación con Frannino, que se había convertido en una cooperativa. A ellos les comprábamos algunos componentes y nos ocupábamos del montaje. Durante los primeros años, trabajamos mucho para clientes que habían sido de Frannino. Luego, se fueron agregando nuevos compradores que venían por recomendación de quienes trabajaban con nuestros productos.



Superando la crisis

José Antonio: En los primeros dos años nos fue muy bien, pero luego la situación se fue complicando, a medida que se ensombreció el panorama de la economía argentina.

Juan Carlos: Las ventas se paralizaron y no teníamos caja más que para algunos meses de funcionamiento. Contábamos con unos cien mil dólares que habíamos conseguido con unas ventas al exterior.

Tras la devaluación de 2002, esos cien mil dólares se convirtieron en trescientos mil pesos. El comercio exterior nos dio aire para seguir adelante en una situación muy complicada.

Los socios estuvimos varios meses sin cobrar. Pero nunca tuvimos cheques rechazados ni problemas con bancos o proveedores. Tampoco jamás pagamos fuera de término a nuestros empleados.

José Antonio: La recuperación de la economía nos ayudó a salir adelante. En 2003, tuvimos una ola de pedidos inmensa. Hacia el 2005, ya teníamos unos cuarenta empleados. Salimos a buscar galpones más grandes, pero después nos arrepentimos.

Es que, en la Argentina, los ciclos económicos son muy pronunciados. Tal vez nos expandimos, pero nadie podía garantizarnos que la demanda iba a seguir sólida en el futuro. Finalmente, fuimos precavidos y decidimos no mudarnos.



Seguir trabajando en la misma línea e ir haciendo cosas nuevas dentro de nuestras posibilidades nos permitió seguir en carrera.

Tecnovin, hoy

Juan Carlos: Actualmente, Tecnovin es una empresa muy reconocida del rubro de maquinaria para bodegas. Hoy, de aquel galpón pelado en el que arrancamos, trabajamos en dos galpones de 1250 m² cada uno.

José Antonio: Hoy conformamos un plantel de treinta y una personas, incluyendo a los tres socios y a mi hija, que trabaja con nosotros medio día.

Juan Carlos: Hemos ido atravesando los cambios en la maquinaria que se utiliza para la elaboración de vinos. En el pasado, las bodegas eran todas iguales. Hoy, en función de vino que elaboren, requieren de distintos tipos de máquinas.

José Antonio: Nos especializamos en la fabricación del lagar en acero inoxidable, la tolva que recibe a la uva en la bodega. También hacemos despalladoras, máquinas que sirven para sacar los palitos a las uvas.

Y también hacemos las piletas donde se inicia la fermentación de las uvas, así como bombas para el movimiento del líquido.



Juan Carlos: Seguimos exportando, aunque el porcentaje varía año a año. En 2001, nos salvó la exportación. En 2008, nos salvó el mercado interno, porque la fuerte crisis internacional hizo que cayeran las exportaciones.

José Antonio: También contamos con una oficina técnica. Desarrollamos nuevos productos que no siempre tienen que ver con las uvas. Hicimos secadores centrífugos para cajones, entre otros. La clave es actualizarse, para seguir siendo competitivos.

Juan Carlos: Hacemos cuatro asados al año con todo el equipo: para el Día del Trabajador, el Día del Metalúrgico, y hacemos picadas en la previa del 24 y el 31 de diciembre. Sirve para mantener el espíritu de equipo y todos nos sentimos una gran familia.

El legado

José Antonio: Estoy casado con Estela Rasich, con quien tenemos tres hijos. Silvia, contadora, trabaja con nosotros. Marcelo, que se está por recibir de ingeniero, también se incorporó a la empresa. Alfredo, que es licenciado en administración, trabaja en una cooperativa vitivinícola.



Juan Carlos: Con Raquel, mi señora, tenemos a Silvina, licenciada en minoridad y familia, y a Marcelo, que trabaja en el sector de mecanizado de la empresa. Ellos me dieron cuatro nietos.

José Antonio: La generación fundadora está en etapa de retiro. Pedro García ya está jubilado. Juan Carlos, también. Yo, que soy unos años más joven, tengo un poco más de cuerda y sigo en tarea.

Juan Carlos: Desde que empezamos, en el '98, hemos hecho el mismo horario que nuestros empleados. Somos gente criada en la cultura del trabajo y del esfuerzo. Nuestros hijos nos dicen “los empresarios pobres”, porque siempre hemos tenido en cuenta primero a la empresa y solo después, a nosotros.

José Antonio: Nosotros les decimos que esto que hemos construido va a quedar para ellos y puede ser su futuro. Administrando la empresa con prudencia, incorporando nuevas máquinas, e innovando tienen una oportunidad de seguir con esta historia industrial. Tal vez en la industria del vino o quizá en alguna otra que ofrezca mayores perspectivas a futuro.